

ños, la atención que merecen; tradiciones como la que dió lugar a que los recuerdos de Atienza constituyeran la hermandad que el vulgo llama "de la caballada"; heroicas gestas como el asalto a Brihuega durante la guerra de Sucesión; episodios novelescos o, mejor dicho, novelables, como la expulsión de la princesa de los Ursinos, decretada violentamente en Jadraque cierta noche cruda de diciembre; figuras casi legendarias como la de la infanta Doña Blanca, señora de Molina; claros varones de Castilla nacidos en tierra de Guadalajara, representativos del genio de la raza, como el ínclito Cardenal Mendoza; joyas de Arte como la desconocida Cruz de la Puerta, la magna estatua yacente del Doncel en la catedral seguntina, el Cristo del Perdón (de Atienza) o el púlpito de Cifuentes; orgullosos airones de pétreos yelmos, como los castillos de Atienza y Molina; villas de señorío como Uceda, Alcocer, Cogolludo y Cifuentes...; todo eso debe desfilar y desfilaría en procesión gloriosa y enorgullecedora por ese trabajo, si grande en el propósito, pequeño en la realidad por falta de espacio, de caudales y de capacidad en cuanto atañe a mi persona; entre esos pueblos no ha de faltar el estudio divulgador relativo a Guadalajara, la capital de hoy, de tan glorioso pasado en la historia general de la Patria, en sus organizaciones gremiales democráticas y en el Arte.

Y aun mejor que esos estudios aislados, mi gusto sería proseguir la obra de Catalina García, describiendo e historiando uno a uno los casi trescientos pueblos, chicos y grandes, que yacen todavía en el olvido.

Esa guirnalda de flores nunca mustias, porque las que da la Gloria y la Belleza jamás envejecen, la ofrecería a mi tierra amada; a la que cubre los restos mortales del ser a quien idolatré en vida y venero después de su muerte, acacida precisamente por ayudarme a servir y ensalzar a mi patria chica. En el círculo estrecho de mis cariños íntimos, muerta mi esposa, no me queda más que una señora a quien servir, y la serviré con entusiasmo mientras viva; en el terreno idealista, por ella he de luchar hasta que, al morir, lleven mi cadáver a que su regazo amante también lo cobije: las ilusiones que me quedan, para ella; si he de soñar todavía y he de trabajar en afanes de ensueño, que sea tan sólo *por la Alcarria, que es mi dama.*

FRANCISCO LAYNA SERRANO.

(Cronista de la Provincia)

Madrid, octubre de 1935.

APRENDA
INGLES,
FRANCES,
ALEMAN

PROF. PETER H. BRUCKNER

Cursos prácticos a viva voz

Feijóo, 8, 3. drcha. - Madrid